

Ese vestido viejo

Nuestro amor es rutina vestida de recuerdos
bordados por la dicha de un paraíso perdido
en los huecos amargos de la memoria.

Después tu presencia es larga noche
que ha raído el calor de tu tela
y el hilo de mi tacto.

Polillas amarillas de extravío
consumen la seda del atuendo
que crisálida alguna
sacrificará para consuelo
de nuestra desnudez, ya casi decorosa.

Un olor naftalino, ni fétido ni intenso,
sino suavemente enrarecido
por la vejez y la apatía,
impregna los ropajes que adornaban
el amor que en un tiempo profesamos.

Nuestro amor es rutina vestida de recuerdos,
calma monotonía que encadena el deseo.
Buscando el esplendor de un atuendo pasado

a veces me he probado otras prendas furtivas
para intentar hallar la suavidad
del satén que tuvimos...
mas su abrigo de sombra apenas recubría
el tejido febril de un recuerdo lejano.
La costumbre es más fuerte.
Por ello me aferro a ese viejo vestido
con el que envolvimos mi cuerpo y el tuyo
y lo anego
en el goteo constante de gemidos
ansiosos de memoria.
Aunque a veces he pensado despojarte
de prendas y ataduras,
dejarte libre de buscar nuevas formas
de cubrir tu desnudez marchita.
Quizá en tu ausencia me viera capaz
de ir desnudando, arrancando poco a poco
con dolor aliviado,
este cuerpo aferrado a la costumbre
de los harapos viejos
que deshilamos juntos y en silencio
aquí, sobre la cama.

Tristia

¡Qué triste es el abrazo compartido
cuando se siente la caridad en su caricia!
Me tomas suavemente,
intentando que me sienta menos triste
aunque sepa que me amas como a un gato,
como a una planta que se tiene en la ventana,
como a una figurilla de porcelana china,
que se cuida porque está sobre un tapete,
y al final la barreremos si se rompe.

¡Qué triste es sentir en nuestros labios
un beso que no da más que cariño!
Me besas con el miedo
de una interpretación que tú no esperas,
cuando en el mismo beso
transmites que me besas como a un niño,
como a una madre cuando cumple años,
como a un amigo que llegó desde otras tierras;
besos que se olvidarán en la memoria
porque no tienen la pasión de dos amantes.

¡Qué triste es tener sexo cuando sabes
que no es más que el ardor de un mal momento!
Hacer algo mecánico,
que chirría como una bisagra oxidada,
que suena como un refrigerador antiguo,
que cruje como una ventana hinchada por la lluvia.
Tras el suspiro del cenit
caen los cuerpos agotados,
y sienten el vacío que produce
el simulacro de un amor que no se siente.

En silencio

El amor será una tarde silenciosa.

Leerás en el sofá
cuentos de algún inglés,
mientras trabajo absorto
en un rincón del cuarto.

La olla con la cena
bullirá lentamente,
y afuera un rumorcillo
de un mundo innecesario
tratará de insertarse
en la dicha callada.

La gata dormirá
sosegada en tu muslo,
respetando el mutismo del amor compartido,
y el suave rasguño
de tu dedo en la página
será el único gesto que perturbe la calma.

Todo será sencillo,
adornado en lo simple,
y hallaremos lo nuestro

en aquello ya dicho,
enmarcado en la brisa
de no hallar sobresaltos.
Amor será poesía enhebrada en silencio
para que el alma grite su canción sin palabras.

La semilla

Me gustas así, dormido,
paseando en los caminos inconscientes,
cuando no puedo ver
si me deseas,
si me añoras,
si me amas...
si me olvidas.

Quiero saber qué sueñas.

Entrar en tu mente
como un peregrino buscando su templo,
un viajero demandando por posada.

Recorrer tus caminos
de giros sinuosos,
de luces y de sombras,
de imágenes de Dalí, Lorca y Buñuel.
Como una película en blanco y negro,
un poema truncado y sin sentido,
un cuadro impresionista ante los ojos,
una canción escrita en otro idioma.
Y saber si estoy ahí.

Algo debe de haber...

¿verdad?

Si no, nada tendría sentido.

Buscar esa semilla,

esa pequeña piedra dura, fuerte,

donde guardes mi recuerdo.

¿Por qué si no me dejarías

compartir un rincón en esta cama,

mirarte mientras duermes

e imaginar gozoso que me sueñas?

Vigilia

Velo solo pensando en ti,
velo sólo entretejiendo tu distancia.

El cielo gris se recorta
a través de los alambres de otoño
de los árboles muertos,
de las tijeras amenazantes
de los álamos grises.

Una vía de tren, solitaria,
me trae los recuerdos de tu ausencia,
y las partituras de los cables eléctricos
marcan la música
de un vals lejano y anhelante.

El agua no refresca en mi garganta
la ardiente soledad de mi deseo,
y quiero despertar de lo real
para caer en tu ensueño de nostalgia,
hundido sin piedad en tus ojos negros.

La tarde acaba.

La gente suena y la calle aúlla.

Mas el rumor del ocaso

—duermo solo y sólo

pensando en ti—

me salva. Mi mente se eleva

hacia la tinta de tus pupilas infinitas

dejando este cuerpo

vacío

en que se ha

convertido mi existencia.

Cinco *haikus* de verano contigo en la Ciudad de México

I

¿Será el verano
estando junto a ti
como los otros?

II

Lánguidas lluvias
vienen con el estío,
traen tu presencia.

III

Sol tras las nubes.
En el atardecer
caricia suave.

IV

La noche fría
desbordada de estrellas...
Lectores leves.

V

En nuestras sábanas
tenue luz nacarada
la luna vierte.